

Contra la ecología La Tepocata Vengadora

Harta de pisotones de puñetas botudos, supuestos heraldos de la democracia, engendros repugnantes del poder político que lo único que buscan es un figurín de su efigie en la historia de proxenetas que prolifera entre la prensa, los libracos escolares y los trapantojos de la elite; salida de las marismas urbanas, tumefactas y nauseabundas; la [Tepocata](#)¹ Vengadora (tepocatus avengus cabriadis) sale para lanzar chillidos contra las mentiras que se nos venden con todo descaro desde las altura. Aquí le ofrecemos malograda tribuna, esperando que en esa protesta algo de sensato se pueda sacar, en contraste con esa marabunta de palabras huecas que nos llueven, como mierda, desde las alturas de los telediarios prostitutos y la prensa alcahueta del pueblo. (Los editores).

Les parecerá un poco radical que me ponga aquí, en el inicio de este siglo que entra, tan augurador de un gran mañana –o al menos eso cuentan-, a hablar en contra de esa bienamada salvadora ecología que nos viene a dar, cual sortilegio o formula mágica, la manera en que se puedan resolver todos los problemas de la ‘habitabilidad del mundo’ –palabro horrible, pero con el que me conformo-. ¿Cómo estar en contra de plantar arbolitos, usar menos el automóvil, legislar los vómitos de humos, cenizas y vertidos tóxicos de las multinacionales? Puesto que ha de ser cierto que la ecología, el reciclado y todos los leguleyos charlatanes que de vez en cuando publican alguna editorial sobre el calentamiento global, sirven y son necesarios para que ‘hagan’ algo y que el mundo no se nos vaya mucho a la mierda.

¹ Consúltese: <http://choboijos.zoomblog.com/archivo/2006/07/15/tepocata.html>

¡Mentira!

¡Camelo!

¡Chorrada!

¡Joda!

¡Puras piñas!

¡Engaño claro y distinto!

Sabandijas de mi amor, ¿cómo podemos siquiera pensar que cuando los medios nos hablan tanto de una cosa con el mero propósito de vendérsela como verdadera, buena y utópica cual refresco de cola, cómo, repito, podemos creer que lo sea? Es el engaño más viejo del mundo.

Pero, vamos más despacio: Yo no digo que el mundo no este hecho mierda y que con tanto autito de los cojones y tanta pinche fábrica, construcción y producción a cascoporro, ya nuestras perennes nieves no sean ni tan blancas ni tan perennes, ni que hasta se haya intentado una palabra que, semánticamente, funde el humo (*smoke*) y la niebla (*fog*), que se utiliza habitualmente ‘smog’ para describir un proceso que quieren vendernos como casi natural, como si en algo se pareciera a las neblinas de la mañana; para que más o menos nos acostumbremos al acto *natural* de estar rodeados de mierda. No digo que frente a tanta endemoniada construcción, rabioso crecimiento y el estúpido saqueo de todos los bosques, mares, minerales y suelo, nos vaya a durar eternamente el mundo tal y como está. Es perfectamente obvio para cualquiera que estamos haciendo añicos todos los rincones agradables de la naturaleza (y los que no acabamos de destrozar, los amurallamos, les ponemos su hotelito ecológico y los ponemos a producir cobrando entradas a parques naturales, retiros campestres y playas putrefactas).

Ay, pero aquí está, para que cualquiera lo vea, la trampa con que los medios y el poder nos quieren atorar el chorizo. Hoy día que la ecología está a la alza, y hasta hay

cumbres internacionales, documentales ampliamente difundidos, cartelitos en cada calle, nuevas leyes que son saludadas con entusiasmo (tanto por la izquierda como por la derecha), políticos realmente preocupados, etc.... Todo ello para ‘mejorar’ la calidad del medio natural en el que vivimos.

¡Trampa!

¡Estafa!

¡Timo!

¡Fraude!

No me malinterpreten. No dudo que en el fondo, la preocupación ecológica haya nacido de una muy saludable ira contra la indómita y enloquecida producción del sistema este que padecemos; no dudo que mucha de la indignación de los hombres preocupados por el medio ambiente, tenga en su seno la sensata disposición de intuir que algo terrible sucede siempre y constantemente, produciendo y administrando nuestras muertes y la del mundo en que vivimos. No hablo contra esa rabia, que quede claro... porque no se me ocurre nada mejor que un pueblo rabioso.

Ay, pero que poco nos duran nuestras ansias combativas. Que triste es ver que esa crítica se silencia con la creencia de la victoria cuando un gobierno saca, anunciada por todo lo alto, una leyesucha por aquí o pone una multita por allá. Qué triste es que realmente creamos que cualquier ley o alguna cumbre internacional pueda realmente ‘hacer’ algo contra el endemoniado exterminio del mundo.

No señor, no creamos ni en los partidos verdes ni en ley ninguna; porque ninguno de estas instituciones ecológicas ‘hará’ nunca nada, sino que todo lo contrario, estimadas alimañas... De lo que se trata es que se siga ‘haciendo’ lo mismo que se ha estado ‘haciendo’ hasta ahora; rebanar bosques, fabricar automóviles, verter mierda por aquí y por allá... pero eso sí, todo con orden y concierto.

De lo que se trata, no nos engañemos, es de ordenar la contaminación para que pueda seguir produciendo ininterrumpidamente todo lo que se quiera; se trata de mantener un ‘buen nivel’ de contaminación, sin ser demasiado alarmante, sin intoxicar mucho al pueblo, no vaya a ser que de pronto, de puro hartazgo, el pueblo sí ‘haga’ algo y deje de comprar autitos o verdura plastificada.²

¡Qué miedo les ha de escalar por los pelillos del culo a los dueños del capital! Y exclaman: «¡Hagamos unas cuantas leyes! Pongamos cotos de contaminación, multas empresas desaprensivas, escalas de sostenibilidad, etc.; eso sí todo bien anunciado, correctamente pregonado y prodigiosamente expuesto con bombo y platillo en los medios, en los telediarios y prensa, para que den la buena apariencia de que algo se ‘hace’; de que no vamos a permitir que nos cierren el negocio porque nos acabemos los recursos naturales... Pero calma, señores, calma que este tren enloquecido seguirá su causa, pero por el amor de Dios, que hasta en los burdeles de la peor calaña, un poquito se tiene que disimular.»

Así la ecología no es más que la moneda de cambio por medio de la cual al pueblo se queda a sus anchas, a gusto, contento, engañado de que realmente se ‘hace’ algo contra la contaminación.

Ay, mis queridas víboras, ya me estoy imaginando vuestras reservas ante mi abandono a la queja y a la rabia. Me dirán, no exentas de razones, como indecisos de asentir ante mis palabras o tener fe en las disposiciones de la ecología; «Pero, tepocatita del amor hermoso, aunque sea cierto todo lo que, con justa indignación, uste está

² Eso sin mencionar cómo estas leyes, hechas de pronto en un ‘boom’ que nos quieren vender como arranque de lúcido arrepentimiento del capital, lo único que hará será encarecer –al menos en cierta medida- los productos y producciones que se hagan de manera ‘sostenible’, cosa que quedará al alcance únicamente de las multinacionales y que harán gran mella en la posibilidad de las empresas pequeñas y medianas de crecimiento al no poder mantener una relación estable entre gasto de producción y valor de venta en el mercado. Una forma políticamente estupenda que el capital se ha agenciado para eliminar la competencia. Es decir, que todo el cotarro ecológico se convertirá en un trámite burocrático que haga entrar a cualquier empresa a un sistema ya preestablecido de relaciones de poder que no serán susceptibles de cambiar, con la mera excusa de la calidad y ecología; mírese si no el famoso ISO.

diciendo, ¿no cree que esas medidas que los estados aprueban y las empresas contabilizan, no son al fin y al cabo y pese a todo, necesarias para duremos un poquito más respirando en esta buena tierra?»

A lo que yo respondería, conmovido por la duda: «Ay, comadreja del señor, ¿qué me irá uste a contar que no sepa yo? Bien es cierto que se tiene que usar menos los cochecitos de mierda que nos atiborran, tirar menos mierda a los bosques y todo eso... ¿pero, no sería mejor que se detuviera su producción de inmediato?» A lo que ustedes me responderían: «Pero ¿no se da cuenta de que si no hubiera coches, se detendría toda nuestra vida? ¿Qué haríamos?» Ahí está la trampa. Cuando nuestra duda, de creer que algo extraño está sucediendo en este lugar, se ve reemplazada y empujada por la fe. Cuando tememos, como se teme de Dios (porque ciertamente, el capital es Dios) que tocarlo, que detener esa máquina, que cercenarle la cabeza provocará la destrucción de todos los tejidos sociales tan profundamente que ya no habría 'vida'.

Ahí está la diferencia y por qué no creo que se deba hacer otra cosa que abandonarse a una rabia ilimitada; una cosa es tener que ponerle alguna clase de freno, sea de la forma que sea, a la manera en que la producción maneja a los arbolitos, los animalitos y las aguas que llenan nuestros mares (que eso son y no 'recursos naturales' —como si las vacas hubiesen nacido para ser hamburguesas de McDonal's o los árboles para ser muebles de Ikea); y otra cosa muy distinta es creer (por tanto tener fe, como se tiene fe en Dios) que las medidas ecológicas son la respuesta para todos los problemas que nos ofrece el capitalismo.

Así que no vayamos por ahí, cuales curas en misión evangelizadora, creyendo y esparciendo la palabra de Ecología, sin saber ni repetir que ésta es la mejor manera de mantener el orden establecido y que se siga 'haciendo', lo que se ha estado viniendo a 'hacer' hasta ahora... que no es otra cosa que nada.